

XCV.

LUIS PEREZ EL GALLEGO.

PERSONAS.

LUIS PEREZ.
MANUEL MENDEZ.
DON ALONSO DE TORDOYA.
JUAN BAUTISTA.
PEDRO, gracioso.

El ALMIRANTE de Portugal.
LEONARDO.
Un Corregidor y Alguaciles.
Un Juez Pesquisidor y gente.

ISABEL, hermana de Luis Perez.
DOÑA JUANA } damas.
DOÑA LEONOR }
CASILDA, criada.
Unos Villanos.

JORNADA I.

Salen LUIS PEREZ con la daga desnuda detras
de PEDRO, é ISABEL deteniéndole.

Isab. Huye, Pedro!

Luis. ¿Dónde ha de ir,

Ped. Si yo le sigo? Las dos

Luis. Le detened.

Isab. ¡Vive Dios,
Que á mi mano has de morir!

Luis. ¿Por qué le tratas así
Tan riguroso y cruel?

Isab. Por vengar, ingrata, en él
Las ofensas, que hay en tí.

Luis. No te entiendo.

Isab. Deja pues,
Que mate á quien me ofendió,
Aleve hermana; que yo
Me declararé despues

Luis. Contigo, y saldrá del pecho,
Envuelto en iras y enojos,
Por la boca y por los ojos
Todo el corazon deshecho.

Isab. Cuando formas en mi daño
Máquinas y presunciones,
Aunque extraño tus acciones,
Mal tus razones extraño.

Luis. ¿Tú descompuesto conmigo,
Necio, atrevido, villano,
Mi enemigo, y no mi hermano?

Isab. Y dices bien, tu enemigo.
Pues el acero, que ves,
Bañado quizá algún dia
En la sangre tuya y mia,
Pondrá un agravio á mis pies.

Luis. En tanto que quien metió [aparte.
Paz en la agena pendencia
Lleva lo peor, la ausencia
Me valga; que, ausente yo
Deste soberbio tirano,
Seguro resistiré
Con fuga de guardapie
La daga de guardamano.
Á Dios, patria; que es forzoso
No volver á verte mas.

Luis. Pedro, oye; pues que te vas
Mas libre y mas venturoso,
Que tu traicion mereció,
Advierte, que desde aquí
Te guardes siempre de mí;
Porque, si por dicha yo
De aquí á mil años te veo
Al cabo del mundo, allí
No estás seguro de mí.

Ped. Yo lo oigo y yo lo creo,
Y de la difinitiva
No apelo, que la consiento.
Y en cuanto á su cumplimiento,
Pues me permites que viva
Ausente, digo, que iré,
Por complacer tus deseos,
Á vivir entre Pigmeos.
Mayor venganza no sé,
Que á tus agravios se deba,
Que es, huyendo de tus manos,
Ir á vivir entre enanos
Un desterrado hijo de Eva.

Isab. Ya se fue; solo has quedado
Conmigo, y he de saber,
Qué causa llegó á tener
Tu deseo ó tu cuidado.

Luis. Hermana, pluguiera á Dios
Que nunca mi hermana fueras,
Porque al nacer no pusieras
Este nudo entre los dos.
¿Tú piensas, que de ignorante
He visto y disimulado,
He conocido, he llamado
Los extremos de un amante,
Que te sirve y que pretende,
No solo manchar tu honor,
Sino la sangre y valor,
Que de tus padres desciende?
Pues no, Isabel, no he sufrido
Esta ofensa, este desprecio
De inadvertido y de necio,
Sino de cuerdo, advertido
Y prudente, por medir
Mi sentimiento mejor;
Que los zelos del honor
Una vez se han de pedir.
Y supuesto que ha de ser
Una vez sola, y que estoy

[Vase.]

En la ocasion, solo hoy
Mi sentimiento he de hacer
Público; por esto, hermana,
Sabe hoy de mí, que lo sé;
Y si no, yo lo diré
De otra manera mañana.
Juan Bautista es quien desea
Favores tuyos. Sospecho,
Que no hay valor en su pecho,
Para que tu esposo sea.
Esto basta que te diga
Por ahora el labio mio,
Por no decir, que es Judío.
Este cuidado me obliga
Á salir de Salvatierra;
Que no fue en vano el venir
Á nuestra quinta á vivir
Las entrañas de una sierra.
Y aun aquí no estoy seguro;
Pues con aquese criado
Este papel te ha enviado,
Por cuya ocasion procuro
Darle muerte. Tú llegaste,
Colérico declaró
Lo que ha tanto que callé;
Habértelo dicho baste,
Para que haya alguna enmienda
Deste amor entre los dos;
Porque si no, vive Dios,
Que si llego á que él entienda,
Que este rezelo he tenido,
Y que no lo he remediado,
Que loco y desesperado,
Colérico y atrevido
Le ponga á su casa fuego,
Quitando á la Inquisicion
Ese trabajo.

Isab. Bien son
De hombre colérico y ciego
Tus razones, pues á mí,
(Sin prevenir su disculpa)
Me haces dueño de la culpa,
Que no tengo.

Luis. Como cualquiera muger
Nace sujeta á los daños,
Que en lisonjeros engaños
Causa nuestro proceder.

Luis. Dijeras, hermana, bien,
Y esa disculpa lo fuera,
Cuando el papel no me diera
Color é indicio tambien
De que tú.....

Isab. Mucho apurar. ¿Qué me quieres,
Luis? Considera, que eres
Mi hermano, no mi marido.
Y no siéndolo, si fueras
Cuerdo en aquesta ocasion,
Cualquiera satisfaccion
Estimaras y admitieras.
Porque es mejor engañarse
Quien no puede remediar
El daño, que no esperar
Á que llegue á declararse
Del todo. Yo soy tu hermana,
Mis obligaciones sé.
Hoy digo esto, y lo diré
De otra manera mañana.

Luis. Dices bien; pues mejor fuera
Con cautela ó con engaño,
Que disimulara el daño
La satisfaccion primera.
Yo lo erré; ya de otra suerte

Me importará proceder.
¡Ay hermana, tú has de ser
Causa infeliz de mi muerte!

Sale CASILDA.

Cas. Un gallardo Portugues
Á nuestra quinta ha llegado.
Pregunta por tí.

Luis. Cuidado, [aparte.

Disimulemos. — Di pues,
Que entre. [Vase Casilda.

Sale MANUEL MENDEZ.

Man. Si mas tardara,
Luis Perez, esta licencia,
Mi deseo ó mi paciencia
Otro instante no esperara.

Luis. Mil veces, Manuel, me da
Los brazos, que el nudo fuerte,
Aunque le rompa la muerte,
Desatarle no podrá.

Man. ¿Qué buena venida es esta?
Vos en Salvatierra?

Man. Si;
Y el haber llegado aquí
Muchos cuidados me cuesta,
Y peligros de la vida.

Luis. Pesaráme, que vengais
Sin gusto.

Man. Si vos me honrais,
Todo mi dolor se olvida.

Luis. Hasta saber qué teneis,
Y qué causa os ha traído
Aquí, y qué os ha sucedido
En Portugal, me tendreis
Cuidadoso. Y aunque sea
Demasiada ejecucion
En la primera ocasion
Saberlo, tanto desea
Partir vuestro sentimiento
Mi pecho, que me ha obligado
Á salir deste cuidado.
Qué teneis?

Man. Estadme atento.
Ya os acordareis, Luis Perez,
Si no es que la ausencia ha hecho
Su oficio en vuestra amistad,
De aquel venturoso tiempo,
Que mi huésped en Lisboa
Vivisteis, por los sucesos
Que de Castilla os llevaron
Á honrar mi casa. Mas esto
No es del caso; ahora en el mio
Á lo que importa lleguemos.
Ya os acordareis tambien
De aquel venturoso empleo,
Que tuvo dentro de mí
Cautivo mi entendimiento.
No tengo que encarecer
De mi pasion los extremos;
Soy Portugues, esto baste,
Pues todo lo digo en esto.
Doña Juana de Meneses
Es el adorado dueño
De mi vida, imágen bella,
En cuyo encarecimiento
Torpe desmaya la voz,
Mudo fallece el aliento,
Por ser deidad, á quien hizo
Sacrificio el amor mesmo,
Por idolo de su altar,
Por imágen de su templo.
Amantes vivimos pues
Dos años en el sosiego,

[Vase.]

Que una voluntad premiada
Vive, sin tener mas zelos
De su divina hermosura,
Que aquellos no mas, aquellos,
Que bastan á despertar
Con un temor, con un miedo
La voluntad, pero no
Á matarla con desprecios.
Con estos zelos vivia
Mas amante y mas contento,
Porque sin zelos amor
Es estar sin alma un cuerpo.
¡Mal haya quien tuvo nunca
Por medicina el veneno,
Quien entre blandas cenizas
Despierta el oculto fuego,
Quien ponzoñoso animal
Domestica, quien soberbio
Se engolfa á sulcar el mar
Por solo entretenimiento!
¡Y mal haya en fin quien hace
Burla de sus mismós zelos!
Pues ese el veneno prueba,
Que despues le deja muerto;
Pues ese el áspid regala,
Que despues rompe su pecho;
Pues ese el cristal adula,
Que es despues su monumento;
Porque al fin los zelos son,
Ya declarados los zelos,
Mar soberbio, fuego airado,
Áspid vil, dulce veneno.
Fue la ocasion de los mios
Un bizarro caballero,
Galán, valiente, entendido,
Liberal, prudente y cuerdo,
Que yo no vengo en su honor
Mis penas, aunque las vengo
En su sangre; que una cosa
Es matar con el acero,
Y otra ofender con la lengua.
Y asi de mí nunca creo,
Que le tengo mas seguro,
Que cuando ausente le tengo.
Este caballero en fin
(Dejando locos rodeos
De imposibles pretensiones
Contra su honor y respeto)
La pidió al padre. No os digo,
(Para decirlo de presto)
Sino qué era rico; baste,
Pues ya he dicho en solo esto,
Que entre un rico y un avaro
Hechos iban los conciertos.
Llegó de la boda el dia,
Dijera mejor (ay cielos!)
De su muerte, porque juntas
Bodas y exequias hicieron,
Mezclando lutos y galas
Su tálamo y monumento.
Porque apenas prevenidos
Los amigos y los deudos
Estaban, y ya la noche,
Tendiendo su manto negro,
Bajó mas llena de horror,
Cuando temerario entro
En su casa, y entre todos,
Desesperado y resuelto,
Busqué al novio, á quien hablaron
La mano y la lengua á un tiempo.
Aquella dijo: yo soy
De aquesta hermosura dueño;
Y esta de dos puñaladas
Le dejó en la tierra muerto,

Imitando trueno y rayo
El puñal con el acento,
Dando ui acero la lumbre,
Y dando su voz el trueno.
Alborotáronse todos,
Y yo entre todos dispuesto
A reñir, no por vivir,
Sino por matar muriendo,
Cogí, saliéndome altivo,
Que entre el ruido y el estruendo
No fue muy dificultoso,
Á Doña Juana, á quien luego
Puse en un caballo, mal
Digo, en un alado viento,
Tan veloz..... ¿Mas para qué
Su ligereza encarezco,
Pues basta decir, que fue
Tan obediente y ligero,
Que me pareció veloz
Á mí, con venir huyendo?
La raya de Portugal
Pasamos, y ya en el suelo
Castellano saludamos
Su tierra, que es nuestro puerto.
Á Salvatierra venimos,
Seguros de que hallaremos
En vos amparo, Luis Perez.
Á vuestros pies estoy puesto;
Amigos somos los dos, [de rodillas.
Y amigos tan verdaderos,
Que á nuestra amistad le debe
Láminas de bronce el tiempo.
Hospedad á un infeliz,
No tanto, amigo, por serlo,
Como porque á vuestras plantas
De vos se vale; que es cierto,
Que es obligacion, que debe
Un noble; y si no por esto,
Por una dama, á quien yo
En esa alameda dejo
Á la orilla dese rio;
Porque, hasta hablaros y veros,
No quise que ella viniese
Conmigo; y ahora viniendo
Á buscaros, de un criado
Supe, que en este desierto,
En esta quinta vivis,
Donde á vuestros brazos llevo
Agradecido, obligado,
Confiado, satisfecho,
Temeroso, perseguido
Y enamorado. No puedo
Pasar de aqui; que pues dije
Enamorado, yo creo,
Que se me debe el favor
De justicia y de derecho.
Luis. Tan ofendido he quedado
De escuchar los cumplimientos
Con que me hablais, Manuel Mendez,
Que estoy por no responderos.
Para decirme: Luis Perez,
Un hidalgo dejo muerto,
Conmigo traigo una dama,
Y á vuestra casa me vengo,
¿Era menester andar
Por frases y por rodeos?
Mas quiero enseñaros yo,
Dejando encarecimientos,
Del modo que habeis de hablar.
Escuchad, Manuel, atento.
Vengais á esta vuestra casa
Por muchos años y buenos,
Adonde sereis servido.
Y asi volved al momento

Donde esa dama dejais,
Y traedla, donde creo,
Que esté segura y gustosa;
Que yo en la quinta me quedo,
Y no salgo á recibirla,
Porque no sé cumplimientos;
Y quiero quedarme aqui
Á prevenir todo aquello,
Que á su servicio convenga.
Man. Dejad que otra vez el pecho
Agradecido os cozca
Por amigo verdadero.
Luis. Andad, señor; que estará,
Viéndose en extraño suelo,
Con cuidado esa señora;
Y no es justo deteneros.
[Vase Manuel.
Isabel!
Sale ISABEL.
Isab. Qué es lo que quierdes?
Luis. Decirte, que, si algun tiempo
Te ha merecido mi amor
Algun agradecimiento,
En esta ocasion lo muestres.
Deja el enojo, y no demos
Que decir á los extraños;
Que para todo habrá tiempo;
Porque has de saber, que en casa
Unos huéspedes tenemos,
Á quien debo obligaciones,
Y pagárselas pretendo.
Manuel Mendez viene aqui
Con su muger.
Isab. En aquesto
Y en todo te serviré.
[Dentro ruido de espadas.
Luis. Mas, válgame Dios! qué es esto?
Notable ruido de armas
Y voces.
Uno [dent.] Ó preso ó muerto
Le hemos de llevar.
Otro [dent.] En vano
Le seguimos.
Isab. Allí veo
Un hombre, que en un caballo
Viene, de muchos huyendo.
Uno [dent.] Tiradle. [Disparan dentro.
Isab. Válgate Dios!
Luis. Qué fue?
Isab. Dejáronle muerto
De un arcabuzazo.
Luis. Antes
Fue mas felice el suceso,
Porque las ardientes balas
Á solo el caballo hirieron.
Sangriento queda en la arena
Y en pie el caballero puesto,
Defendiéndose la vida,
Rayos esgrime de acero.
Isab. Ya, de todos acosado,
Llega á nuestra quinta.
Sale DON ALONSO con la espada desnuda.
Alon. ¡Cielos,
Amparad á un desdichado,
Que ya, rendido el aliento,
Desfallece!
Luis. ¿Pues, señor
Don Alonso, qué es aquesto?
Alon. No me puedo detener
Á contarlo; solo os ruego,
Luis Perez, que me ampareis;
Que por lo que dejo hecho,

Me importa entrar esta tarde
En Portugal.
Luis. Pues buen pecho,
Que para estas ocasiones
Es el generoso esfuerzo.
Cerca está la puente ya
Dese rio, donde vemos,
Que se dividen Castilla
Y Portugal. Si entráis dentro,
Seguro estareis de cuantos
Os siguen; que yo me quedo
En lo estrecho deste monte
Y esta quinta á detenerlos.
No os seguirán, sin que á mí
Me dejen pedazos hecho.
Alon. En el valor desos brazos
Bastante muralla dejo,
Que me defienda la vida.
¡La vuestra guarden los cielos! [Vase.
Salen el CORREGIDOR y los que pudieron.
Uno. Por aquesta parte fue.
Luis. ¿Pues, señores, qué es aquesto?
¿A quién buscais?
Cor. ¿Don Alonso
De Tordoya no fue huyendo
Por aqui?
Luis. Ya estará cerca
De la puente, porque el viento
Pienso que le dió sus alas.
Cor. Vamos tras él.
Luis. Deteneos.
Cor. Qué es detenerme?
Luis. Señor
Corregidor, ya habeis hecho
La diligencia que os toca.
No sigais á un caballero
Tanto; porque la justicia
No ha de extender el derecho,
Que tiene, todas las veces.
Cor. Quedárame á responderos,
Si no pensara alcanzarle.
Luis. Escuchad, señor.
Cor. Sospecho,
Que pretendéis detenerme.
Luis. Si conveniencias y ruegos
No bastan á hacer con vos,
Que no sigais este intento,
Cuando por fuerza lo hagais,
No tendré que agradeceros.
Cor. De qué suerte?
Luis. Á cuchilladas.
Porque ya una vez dispuesto
Á defender este paso,
He de cumplirlo resuelto.
¡Vive Dios, que ningun hombre,
De cuantos presentes veo,
Ha de pasar desta raya! [Hace una raya.
Cor. Matadle!
Luis. Quedo, teneos!
Cor. Matadle!
Uno. Muera Luis Perez!
Luis. ¡Gallinas, villanos, perros,
Canalla! así muero yo?
[Mételos á cuchilladas.
Uno [dent.] Herido estoy!
Otro. Yo estoy muerto! [Vase.
Salen DOÑA JUANA y MANUEL.
Juan. Nunca me ha parecido,
Manuel, que á tus finezas he debido
Otra mayor, que ahora,

En venir tan apriesa.
 Man. Mi señora,
 Amor, que solicita
 Mis glorias, imposibles facilita.
 No llegué á Salvatierra,
 Que en las entrañas desta oculta sierra
 Hallé lo que buscaba.
 En una casa de placer estaba
 Luis Perez, un amigo,
 Cuyo valor ofendo, si le digo.
 Aquí vive contento,
 Y parece, que á nuestro pensamiento
 El consejo ha pedido,
 Pues aquí nuestro amor mas escondido,
 No entrando en Salvatierra,
 Vivirá mas seguro en esta tierra.
 Jua. Manuel, quien ha dejado
 Patria, padre y honor, y en este estado
 Aun vive agradecida
 De que le queda que perder la vida
 Por tí, nada desea,
 Sino que sola esta montaña sea
 Templo de la fineza,
 Venciendo á su firmeza mi firmeza.

Sale DON ALONSO.

Alon. ¿Adónde mi destino
 Me lleva, sin consejo y sin camino,
 Por aquesta alameda,
 Sin que el cielo un alivio me conceda?
 Aun el aliento mio
 Ya falta, y ya rendido desconfío
 De que pueda librarme.
 Cansado en este suelo he de arrojar me.
 Muerto soy! ay de mí! Válgame el cielo!
 Jua. Gente siento.
 Man. Es verdad; allí en el suelo
 Rendido un caballero
 Está, en la mano el desmayado acero.
 Lo que es sabré. — Señor, estais herido?
 Alon. Guárdeos el cielo, hidalgo; que no ha sido,
 Sino cansancio solo; ya me aliento.
 Quien presumió parejas con el viento,
 Hoy desmayado yace,
 Y él es en mí quien tal extremo hace.
 Man. El ánimo es valiente,
 No desmaye.
 Voces [dent.] Tomad, tomad la puente,
 Porque escapar no pueda.
 Alon. Mayor desdicha es la que me queda.
 Qué he de hacer? Que esta gente
 Es la que me siguió; que, aunque valiente
 Un amigo me guarda
 Las espaldas, ya el verlos me acobarda,
 Porque tengo por cierto,
 Pues siguiéndome vienen, que le han muerto.

Sale LUIS PEREZ.

Luis. La puente me han tomado,
 Y el paso, y aun el cielo se ha cerrado
 Para mí. Esta espesura
 Será de mi cadáver sepultura.
 Man. Luis Perez, pues qué es esto?
 Luis. Una desdicha, en que el valor me ha puesto,
 Por librar á un amigo
 De la muerte.
 Man. Conmigo
 Ya, Luis Perez, estais; muramos juntos;
 Pues de amistad y amor somos trasuntos.
 Alon. Quien culpa tiene, y de la causa es dueño,
 Tambien sabrá morir.
 Luis. En grande empeño
 Estoy; mas esto es siempre lo primero. —
 Manuel, oid; lo que rogaros quiero,

Es, que en defensa mia
 La espada no saqueis aqueste día;
 Que, aunque me va la vida
 En verla dese brazo defendida,
 Me va el honor en veros en mi ausencia
 En mi casa. Mirad la diferencia
 De la vida al honor.
 Man. Yo no os entiendo.
 Si os vienen á buscar, morir pretendo.
 ¡Bueno fuera, que os viera
 Reñir, y que la espada me tuviera
 En la cinta envainada!
 Jua. ¿Adónde habrá muger mas desdichada?
 Uno [dent.] Por aquí van.
 Man. Ya llegan donde estamos.
 Aquí los tres en vano procuramos
 De tantos defendernos,
 Porque habrán de matarnos ó prendernos.
 Alon. Qué haremos?
 Luis. ¿Tendreis brio
 Para arrojaros y pasar el rio
 Á nado?
 Alon. Sí; tuviera
 Valor, Luis Perez, si nadar supiera.
 Luis. Pues no temais asombros;
 Que el rio he de pasaros en mis hombros. —
 Manuel, determinado
 En esto, honor y vida habré guardado;
 La vida, con ponerme
 En Portugal, pues no podrán prenderme;
 Y el honor, con dejaros
 En mi casa. No tengo que explicaros
 Mas de que dejo en ella
 Todo mi honor en una hermana bella.
 Harto os he dicho. Á Dios!
 Man. Yo tambien digo
 Harto en decir, que soy un fiel amigo.
 En vuestra casa quedo,.....
 Luis. Decid.
 Man. Y bien aseguraros puedo,
 Que no hareis falta vos.
 [Coge Luis Perez á D. Alonso y éntrase con él,
 como arrojándose al rio.
 Luis. [dent.] Válgame el cielo!
 Jua. Delfin humano es ya del ancho hielo.
 Luis [dent.] Manuel, mi honor os fio.
 Man. Ya lucha á brazo con el centro frio.
 Luis [dent.] Mirad por él.
 Man. En tu lugar me dejas;
 No des al viento repetidas quejas.
 Luis [dent.] Á Dios!
 Man. ¿Quién hay, que mi desdicha crea?
 Jua. ¿Dónde iré yo, que lástimas no vea? [Fanse.]

Salen el ALMIRANTE de Portugal y Doña
 LEONOR, de caza.

Alm. Puesto que el Can del estío
 Ni fallece ni declina,
 Puedes, hermosa sobrina,
 Á la orilla deste rio
 Descansar de la fatiga,
 Que te enoja y amenaza.
 Leon. Noble ejercicio es la caza.
 ¿Á quién no mueve y obliga
 Su malicia generosa?
 Alm. Tienes, sobrina, razon,
 Que es gallarda imitacion
 De la guerra belicosa.
 ¿Qué es mirar de canes mil
 Cercado un espin valiente,
 Defenderse diestramente
 Con navajas de marfil?

Á este hiere, á aquel derriba,
 Y sacudiendo derechas
 Sus puntas, de humanas flechas
 Parece una aljaba viva.
 ¿Qué es mirar luego un lebrél,
 Que, cuando la presa pierde,
 De rabia sus manos muerde,
 Y vuelve á cerrar con él?
 Y los dos con mas fiereza
 Herir los bizarros cuellos,
 Ley del duelo, que hasta en ellos
 Puso la naturaleza.
 Leon. ¿Á quién no causa alegría
 Esta lucha imaginada?
 Si bien á mí mas me agrada
 Del viento la cetrería.
 ¿Qué es ver, sin mortal desmayo,
 Una garza, cuyo aliento
 Átomo es de pluma al viento,
 Al fuego de pluma rayo;
 Y de una y otra suprema
 Region el término errante
 Escala, que en un instante
 Ya se hiela, ó ya se quema;
 Porque con medida tanta
 Bate las alas, si vuela,
 Que si las baja, las hiela,
 Las quema, si las levanta?
 ¿Qué es ver dos halcones luego
 Hacer puntas, que esto es
 Batir la vela, y despues,
 Cometas sin luz ni fuego,
 Retar la garza, que diestra
 Corre, siendo á tanto viento
 Poca valla un elemento,
 Un cielo poca palestra?
 ¿Y acudiendo aquí y allí,
 De dos contrarios vencida,
 Bajar en sangre teñida
 Una estrella carmesi,
 Cuya victoria y destreza
 No adquieren triunfos mas graves?
 Que es duelo, que hasta en las aves
 Puso la naturaleza.

Sale PEDRO.

Ped. Qué tierra es esta? No sé [aparte.
 Por donde camino, lleno
 De mil temores. ¡No es bueno,
 Que cansa el andar á pie!
 Á Portugal he pasado,
 Por ver, si hallo en Portugal
 Consuelo alguno en mi mal,
 Ya que fui tan desdichado
 Alcahuete. Ved, que espantos,
 Que aun en el primer indicio
 Vine á perderme en oficio,
 En que se han ganado tantos.
 Qué he de hacer? Gente hay aquí,
 Y á lo que el semblante ofrece,
 Gente principal parece.
 Si se doliese de mí,
 Que soy niño y solo, y nunca en tal me ví.
 Alm. Si te quieres retirar
 Á la quinta, porque el sol,
 Fenix del cielo, y farol
 De belleza singular,
 Ya se ausenta, llamaré
 Quien traiga en tanto rigor
 Un caballo. — Hola!
 Ped. Señor?
 Alm. Quién sois vos?
 Ped. Pues yo qué sé?
 Alm. Servisme? Porque no os ví

Otra vez en este suelo.
 Sois mi criado?
 Ped. Serélo,
 Si no lo soy. Hele aquí
 Un cuentecito. Entró un día
 En el palacio real
 Un Don Fulano de Tal,
 Que al Rey ni al mundo servia.
 Vió, que á la hora de comer
 Los de la cámara todos,
 Con mil políticos modos,
 Porque habian de traer
 Las viandas, se quitaban
 Las capas. Él se quitó
 La suya, y en el cuerpo entró,
 Donde los demas entraban.
 Un mayordomo llegó,
 Advirtiéndole en lo que hacia,
 Preguntándole, si habia
 Jurado; y él respondió:
 No, señor; mas juraré,
 Si eso importa. Lo que quiero
 Es serviros; que primero
 Votaré y renegaré,
 Cuando mas jurar.

Humor

Alm. Gastais.
 Ped. No tengo otra cosa
 Que gastar; es generosa
 Mi mano; y así, señor,
 Gasto lo que tengo.

Dentro LUIS PEREZ.

Luis. Ay triste!
 Leon. ¿Qué voz es aquella, cielos?
 Alm. Sobre ese campo de hielos
 Un hombre á brazos resiste
 De las ondas el furor.
 Leon. Y ya entre abismos y asombros
 Intenta sobre los hombros
 Librar de tanto rigor
 Á otro infelice.

Dentro DON ALONSO.

Alon. Ay de mí!
 Alm. Llegad, y socorreréis
 Ese hombre, y así tendreis
 Mi gracia.
 Ped. Si desde aquí
 Basto, yo socorreré
 Sus desdichas. Mas, señor,
 Soy pesado nadador.
 Leon. Ya la arena puerto fue
 De su tormenta.

Salen los dos mojados.

Alon. ¡Divinos
 Cielos, mil gracias os doy!
 Luis. ¡Vive Cristo, que ya estoy
 Libre desos cristalinos
 Ímpetus!
 Alm. Llegad, llegad;
 Que daros favor deseo.
 Ped. Ahora sí..... Mas qué veo? [Fase retirando.
 Alm. ¿Á tanta necesidad
 Os retirais?
 Ped. Yo nací
 Piadoso, y viendo á los dos,
 Me desmayo. — ¡Vive Dios, [aparte.
 Que se ha venido tras mí
 Luis Perez, por castigar
 Aquella alcahuetería
 De su hermana y ama mia!
 Cierto es, me viene á matar.

De aquí me importa á la guerra
Ir; pues en desdicha tal,
De Castilla y Portugal
En un día me destierra. [Yéndose.]
Alm. Adónde vais?
Ped. Hame dado
De repente un accidente,
Y así me voy de repente;
Y lo jurado jurado. [Vase.]
Alm. Él es loco. — Ha caballero!
Dad al aliento valor
En mis brazos.
Alon. Hoy, señor,
La vida de vos espero.
Alm. Quien sois? Porque me han movido
Vuestras desdichas aquí;
Bien podeis fiaros de mí.
Alon. Por no hablar inadvertido,
Sepa quien sois, y sabreis,
Por que en este estado estoy.
Alm. Sí haré. El Almirante soy
De Portugal. Bien podeis
Declararos ya; que labra
Tanto la piedad en mí,
Que de ampararos aquí
Os doy la mano y palabra.
Alon. Yo la acepto; y ahora digo,
Que soy de la ilustre casa
De los Tordoyas, linage
En toda aquesta comarca
Estimado. Don Alonso
Es mi nombre. Esta mañana,
Zeloso de un caballero,
Entré en casa de una dama.
Halléle en ella, y le dije,
Que en el campo le esperaba.
Salió en fin, como quien era,
Con su capa y con su espada;
Reñimos, cayó en la tierra
Muerto de dos estocadas.
Desdicha fue! En este punto
Ya todo el lugar estaba
Alborotado, y salió
La justicia á la campaña.
Quiso prenderme; escapéme
En un caballo, á quien alas
Le ofreció mi pensamiento,
Y á quien la justicia mata
De un arcabuzazo. Á pie
Corrí, y llegué hasta una casa
De placer, á cuya puerta
Ví, que, por mi dicha, estaba
Luis Perez.
Luis. Aquí entro yo;
Y así diré lo que falta.
Mirando tan perseguido
Á Don Alonso, y de tanta
Gente, le ofrecí guardar
Con mi pecho sus espaldas.
Está á la falda del monte
Esta casa, que la llaman
De placer, y de pesar
Ha sido por mi desgracia;
De suerte, que allí se estrecha
El paso á la misma falda;
Y así era fuerza que todos
Delante de mí pasaran.
Aquí pretendí primero,
Ya con corteses palabras,
Ya con ruegos, persuadir
Al Corregidor, dejara
De seguir á Don Alonso.
No quiso, y con arrogancia
Quiso alcanzarle, y lo hiciera,

Si yo con sola esta espada
No lo defendiera al punto,
Voto á Dios, á cuchilladas,
En cuya refriega pienso
Que me di tan buena maña,
Que herí algunos cuatro ó cinco.
¡Querrá Dios, que no sea nada!
Viéndome pues mas culpado
Ya, que Don Alonso estaba,
Pretendí, que me valiese
Antes el salto de mata,
Que ruego de buenos. Viendo
Cerrado el paso, y tomada
La puente, con Don Alonso
En los brazos, y la espada
En la boca, arrojé entonces,
Como dicen, pecho al agua.
Llegamos aquí, dichosos
Mil veces, pues nos ampara
El valor de Vuceleñcia,
Donde no hay que temer nada,
Supuesto que de ampararnos
Ha dado aquí la palabra.
Alm. Yo la dí, y la cumpliré.
Alon. Y será fuerza aceptarla;
Que es grande el competidor.
Alm. ¿Pues cómo el muerto se llama?
Alon. Supuesto que es caballero,
Digno de toda alabanza,
Pues siempre se vieron juntos
El valor y la desgracia,
Y que no pierde, en nombrarle,
Su nombre, honor, lustre y fama,
Es Don Diego de Alvarado.
Leon. Ay de mí! El cielo me valga!
Aleve! ¿á mi hermano has muerto?
Alm. Traidor! ¿mi sobrino matas?
Luis. ¡Cuerpo de Cristo conmigo,
Pues esto ahora nos falta!
Ahora bien, por sí ó por no,
Volveré á tomar la espada. [Toma la espada.]
Alon. Vuceleñcia se detenga,
Señor, y mire, que agravia
En un rendido su acero,
Si con mi sangre le mancha.
Yo dí cuerpo á cuerpo muerte
Á Don Diego en la campaña,
Sin traicion ni alevosía,
Sin engaño y sin ventaja.
¿Pues de qué quiere vengarse?
Fuera desto, ¿la palabra
De Vuceleñcia, señor,
Cuándo en ningun tiempo falta?
Luis. Y si no, ¡viven los cielos,
Que si esgrimo la hojarasca,
Y viene Portugal junto,
De oponerme á la demanda!
Alm. Válgame Dios! ¿qué he de hacer [aparte.]
En confusion tan extraña?
Aquí me llama mi honor,
Y allí mi sangre me llama.
Pero partamos la duda. —
Don Alonso, mi palabra
Es ley, que se escribe en bronce;
Díla, y no puedo negarla.
Mas mi venganza tambien
Es ley, que en mármol se graba.
Y por cumplir de una vez
Mi palabra y mi venganza,
Todo el tiempo que estuvieres
En mi tierra, está guardada
Tu persona; pero advierte,
Que, al salir della, te aguarda
La muerte; que si ofrecí

Defenderte hoy en mi casa,
En mi casa te defiendo;
Pero no te dí palabra
De guardarte en el agena.
Y así, poniendo la planta
En tierra del Rey, verás,
Que quien te libra, te agravia,
Quien te asegura, te ofende,
Y quien te vale, te mata.
Vete ahora libre.
Leon. Espera;
Que yo no he dado palabra
De no ofenderte; y así
Puedo tomar la venganza.
Alm. Tente, sobrina, y advierte,
Que le defiendo. — Qué aguardas? [á D. Alonso.]
Vete libre. Di, qué esperas?
Alon. Besar tus invictas plantas
Por accion tan generosa.
Alm. No lo dirás, cuando hayas
Dado á mi acero la vida.
Alon. ¿Qué mas airosa alabanza,
Que morir á tales manos?
Leon. Sin vida voy!
Alm. Voy sin alma!
Alon. ¿Qué dices, Luis Perez, desto?
Luis. Que aun mejor está, que estaba.
Déjenos salir de aquí
Hoy, que en su poder nos halla;
Que una vez allá, veremos
Quien se lleva el gato al agua.

JORNADA II.

Salen MANUEL y DOÑA JUANA de camino.

Man. Nunca viene solo el mal.
Jua. Es, que desdichas y penas
Se llaman unas á otras.
Man. ¡Ay Juana, cuanto me pesa
El verte venir así,
Peregrinando por tierras
Extrañas! Cuando pensé,
Que Galicia puerto fuera
De nuestra tormenta, ha sido
Golfo de mayor tormenta;
Pues otro nuevo accidente
Nos saca de Salvatierra,
Y trae á la Andalucía,
Corriendo desta manera
Agenas patrias.
Jua. Manuel,
Cuando yo dejé mi tierra
Y padres por tí, salí
Á mas desdichas dispuesta.
No salí yo por vivir,
Elegiendo esta, ni aquella
Provincia, sino por solo
Vivir contigo, así sea
Donde quiera mi desdicha,
Ó donde mi dicha quiera.
Man. ¿Con qué acciones, qué palabras
Podrá declarar la lengua
Un justo agradecimiento?
Pero dejando finezas
Amorosas á una parte,
¿Dónde aquel criado queda,
Que recibí en el camino,
Para que conmigo venga
Á buscarme algun regalo,

En tanto que pides treguas
Con blando sueño al cansancio?

Sale PEDRO.

Jua. Ya él á nuestra vista llega.
Ped. ¿Qué es, señor, lo que me mandas?
Man. Que tú conmigo te vengas
Por San Lucar. — Tú, mi bien,
Retírate donde puedas
Descansar.

Jua. Aquí estaré [Vase.]
Llorando tu breve ausencia.

Man. Presto volveré á adorarte. —
Parece que esta tristeza,
Adivina del pesar,
Que tengo de darla, empieza
Á hacer tales sentimientos.

Ped. ¿Cómo hacer pesar intentas
Á una muger, á quien debes
Tan peregrinas finezas?
Que, aunque es verdad que yo soy
Criado tan nuevo, que apenas
Conoces por tal, pues solo
Ha dos dias que me entregas
Secretos tuyos, he visto
En mil amorosas muestras
Obligaciones muy grandes.

Man. No puedo negar la deuda;
Mas, Pedro, á fuerza del hado
No hay humana resistencia.
Huyendo de Portugal,
Pasé á Galicia, y voy della
Huyendo á la Andalucía.
Cosas son, que el cielo ordena.
No vengo á quedarme aquí;
Que tampoco en esta tierra
Mi persona está segura,
Sino, sirviendo en la guerra,
Pasar en esta ocasion
Por esa inconstante selva
De espuma y sal á las islas
Del norte. ¡Los cielos quieran,
Besen sus doradas torres
Las católicas banderas!
Listarme quiero, y soldado
Guardar la vida, á quien cercan
Tantas desdichas. Yo apuesto,
Que tú ahora entre tí piensas,
Que el dejar aquesta dama
Será con infame afrenta
De su honor, poniendo á riesgo
Su hermosura con mi ausencia.
Pues no ha de ser desu suerte,
Sino dejándola quieta
Y segura en un convento
De San Lucar, donde tenga,
En tanto que vuelvo yo,
Aunque es muy poca, mi hacienda;
Que á mí la espada me basta.
Ped. Accion generosa es esa,
Digna de tu gran valor.

[Tocan dentro cajas.]

¿Pero qué cajas son estas?
Man. Habrá algun cuerpo de guardia
Sin duda por aquí cerca,
Y saldrán dél.

Ped. Sí, bien dices;
Que allí se vé la bandera.

Man. Vámonos llegando allá;
Que pues el primero encuentra
Este mi suerte, en él quiero
Sentar la plaza. Tú llega,
Pregunta por el Alférez;